

cibimiento, que es de su señor Montecuma, y que el otro camino que le pufieron aquellos arboles, y le cegaron, porque no fuésemos por él, que ay malos pasos, e se rodea algo para ir a Mexico, que sale a otro pueblo que no es tan grande como Chalco, entonces dixo Cortés, que quería ir por él, que estava embaraçado, e començamos a subir la tierra puestas en gran concierto, y nuestros amigos apartando los arboles muy grandes, y gruesos, por donde passamos con gran trabajo, y hasta oy estan algunos dellos fuera del camino, y subiendo a lo mas alto, començó a neuar, y se quaxó de nieve la tierra, e caminamos la tierra abajo, y fuimos a dormir a unas caserías, que eran como a manera de aposentos, o mesones donde posauan Indios mercaderes, e tuuimos bien de cenar, e con gran frío, pusimos nuestras velas, y rondas, e escuchas, y aun corredores del campo, e otro dia començamos a caminar, e a hora de Mafias mayores, llegamos a un pueblo, que ya he dicho que se dize Talmalanco, y nos recibieron bien, e de comer no faltó: e como supieron de otros pueblos de nuestra llegada, luego vinieron los de Chalco, e se juntaron con los de Talmalanco, e a Mecameca, e Acingo, donde estan las Canoas, que es Puerto dellos, e otros Pueblezuélos, que ya no se me acuerda el nombre dellos: y todos juntos truxeron vn presente de oro, y dos cargas de mantas, e ocho Indias, que valdria el oro sobre ciento y cinquenta pesos, e dixeron: Malinche recibe estos presentes que te damos, y tenos de aqui adelante por tus amigos: y Cortés los recibió con grande amor, y les ofreció, que en todo lo que huviessen menester los ayudaria: y quando los vió juntos, dixo al Padre de la Merced, que les amonestasse las cosas tocantes a nuestra Santa Fé, e dexassen sus idolos, y se les dixo todo lo que soliamos dezir en los mas Pueblos por donde auiamos venido: e a todo respondieron, que bien dicho estava, e que lo verian adelante. Tambien se les dió a entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y que veniamos a deshazer agravios, e robos, e que para ello nos embió a estas partes: e como aquello oyeron todos aquellos Pueblos, que dicho tengo, secretamente, que no lo sintie-

Nieua en el camino de Mexico.

Sermon q haze el Padre Fr. Bartolome de Olmedo.

ron los Embaxadores Mexicanos, dieron tantas quejas de Montecuma, y de sus recaudadores, que les robauan quanto tenían, e las mugeres, e hijas si eran hermosas, las forçauan delante dellos, y de sus maridos, y se las tomauan, e que les hazian trabajar, como si fueran esclauos, que les hazian llevar en Canoas, e por tierra madera de pinos, e piedra, e leña, e maiz, e otros muchos seruiçios de sembrar maizales, e les tomauan sus tierras para seruiçio de idolos, e otras muchas quejas, que como ha ya muchos años, que passó, no me acuerdo: e como las confesó con palabras amorosas, que se las sabia muy bien dezir con Doña Marina, e que aora al presente no puede entender en hazelles justicia, e que se sufriesen, que el les quitaria aquel dominio, e secretamente les mandó, que fuesen dos principales con otros quatro amigos de Tlascala a ver el camino barrido, que nos huieron dicho los de Guaxocingo, que no fuésemos por él, para que viessem que albarradas, e mamparos tenían, y si estauan alli algunos escuadrones de guerra: y los Caciques respondieron: Malinche, no ay necesidad de irlo a ver, porque todo está aora muy llano, e adereçado. E has de saber, que aurá seis dias que estauan a vn mal passo, que tenían cortada la tierra, porque no pudiesedes pasar con mucha gente de guerra del gran Montecuma, y hemos sabido, que su Huichilobos, que es el dios que tienen de la guerra, les aconsejó, que os dexen passar, e quando ayais entrado en Mexico, que alli os mataran: por tanto, lo que nos parece es, que os esteis aqui con nosotros, y os daremos de lo que tuuiéremos, e no vais a Mexico, que sabemos cierto, que segun es fuerte, y de muchos guerreros, no os dexarán con las vidas: y Cortés les dixo con buen semblante, que no tenían los Mexicanos, ni a otras ningunas Naciones poder para nos matar, salvo Nuestro Señor Dios, en quien creemos. E que porque vean, que al mismo Montecuma, y a todos los Caciques, y Papas, les vamos a dar a entender lo que Nuestro Dios manda, que luego nos queriamos partir: e que le diessem veinte hombres principales, que vayan en nuestra compañía, e que havia mucho por ellos, e les haria justicia quando ayá entrado

Quejas que dá de Montecuma a Cortés aquellos pueblos cerca nos a Mexico.

Respuesta de Cortés.

trado en Mexico, para que Montecuma, ni sus recaudadores no les hagan las demasias, y fuerças, que han dicho que les hazen: y con alegre rostro todos los de aquellos pueblos por mi ya nombrados dieron buenas respuestas, y nos truxeron los veinte Indios: e ya que estauamos para partir, vinieron mensajeros del gran Montecuma, y lo que dixeron dire adelante.

CAPITULO LXXXVII.

Como el gran Montecuma nos embió otros Embaxadores con vn presente de oro, y mantas, y lo que dixeron a Cortés, y lo que les respondió.

YA q estauamos de partida para ir nuestro camino a Mexico, vinieron ante Cortés quatro principales Mexicanos, que embió Montecuma, y truxeron vn presente de oro, y mantas: y despues de hecho su acato, como lo tenían de costumbre, dixeron: Malinche, este presente te embia nuestro señor el gran Montecuma, y dize, que le pesa mucho por el trabajo que auéis pasado en venir de tan lejas tierras a le ver: y que ya te ha embiado a dezir otra vez, que te dará mucho oro, y plata, y chalchihuis en tributo para vuestro Emperador, y para vos, y los demás Teules que traéis, y que no vengas a Mexico, aora nueuamente te pide por merced, que no passes de aqui adelante, sino que te buelvas por donde veniste, que él te promete de te embiar al Puerto mucha cantidad de oro, y plata, y ricas piedras para esse vuestro Rey, y para ti te dará quatro cargas de oro, y para cada vno de tus hermanos vna carga, porque ir a Mexico, es escufada tu entrada dentro, que todos sus vasallos estan puestas en armas para no os dexar entrar. Y demás desto, que no tenia camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiessemos: y dixo otras muchas razones, y inconvenientes, para que no passassemos de alli: e Cortés con mucho amor abraçó a los

Ofertas de riquezas de Montecuma, por que no enire Cortés en Mexico, y amenazas.

mensajeros, puesto que le pesó de la embaxada, y recibió el presente, que ya no se me acuerda que tanto valia: e a lo que yo vi, y entendí, jamas dexó de embiar Montecuma oro, poco, o mucho, quando nos embiaua mensajeros, como otra vez he dicho. Y bolviendo a nuestra relacion, Cortés les respondió, que se marauillaua del señor Montecuma, auendosi dado por nuestro amigo, y siendo tan gran señor, tener tantas mudanças, que vnás vezes dize vno, y otras embia a mandar al contrario. Y que en quanto a lo que dize, que dará el oro para nuestro señor el Emperador, y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que aora le embia, que en buenas obras se lo pagará el tiempo andando, y que si le parecerá bien, que estando tan cerca de su Ciudad, será bueno bolvernos del camino sin hazer aquello que nuestro señor nos manda? Que si el señor Montecuma huiese embiado mensajeros, y Embaxadores a algun gran señor, como él es, e ya que llegassen cerca de su casa aquellos mensajeros que embiaua, se bolviesen sin le hablar, y dezille a lo que iban, quando bolviesen ante su presencia con aquel recaudo, que merced les haria, sino tenellos por cobardes, y de poca calidad? Que assi haria el Emperador nuestro señor con nosotros, y que de vna manera, o otra, que auiamos de entrar en su Ciudad, y desde alli adelante, que no le embiasse mas escusas sobre aquel caso, porque le ha de ver, y hablar, y dar razon de todo el recaudo a que hemos venido, y ha de ser a su sola persona, quando lo aya entendido, si no le pareciere bien nuestra estada en su Ciudad, que nos bolveremos por donde venimos. E quanto a lo que dize, que no tiene comida, si no muy poco, e que no nos podremos sustentar, que somos hombres, que con poca cosa que comemos, nos passamos, e que ya vamos a su Ciudad, que aya por bien nuestra ida. Y luego en despachando los mensajeros, començamos a caminar para Mexico, y como nos auian dicho, y auisado los de Guaxocingo, y los de Chalco, que Montecuma auia tenido pláticas con sus idolos, y Papas, que si nos dexaria entrar en Mexico, o si nos daria guerra: y todos sus Papas le respondieron, que dezia su Huichilobos, que nos dexasse entrar, que alli nos podrá

Respuesta de Cortés animosa, y prudente.

podrá matar, según dicho tengo otras veces en el capítulo que dello habla, y como somos hombres, y temiamos la muerte, no dexauamos de pensar en ello, y como aquella tierra es muy poblada, ibamos siempre caminando muy chicas jornadas: y encomendandonos á Dios, y á su bendita Madre Nuestra Señora, y platicando como, y de que manera podíamos entrar, y pusimos en nuestros coraçones con buena esperança, que pues Nuestro Señor Jesu Christo fue seruido guardarnos de los peligros passados, que tambien nos guardaria del poder de Mexico, y fuimos á dormir á vn pueblo, que se dize Istapalatego, que es la mitad de las calas en el agua, y la mitad en tierra firme, donde está vna sierregueta, y agora está vna venta cabe él, y allí tuuimos bien de cenar. Dexemos esto, y boluamos al gran Montecuma, que como llegaron sus mensajeros, é oyó la respuesta que Cortés le embió, luego acordó de embiar á su sobrino, que se dezia Cacamatzin, señor de Tezcuco, con muy gran fausto, á dar el bien venido á Cortés, y á todos nosotros: y como siempre teniamos de costumbre tener velas, y corredores del campo, vino vno de nuestros corredores á auisar, que venia por el camino muy gran copia de Mexicanos de paz, y que al parecer venian de ricas mantas vestidos: y entonces quando esto passó era muy de mañana, y queriamos caminar, y Cortés nos dixo, que reparassemos en nuestras posadas, hasta ver que cosa era: y en aquel instante vinieron quatro principales, y hazen á Cortés gran reuerencia, y le dicen que alli cerca viene Cacamatzin, grande señor de Tezcuco sobrino del gran Montecuma, y que nos pide por merced, que aguardemos hasta que venga, y no tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto, y grandeza que ningun señor de los Mexicanos auiamos visto traer; porque venia en andas muy ricas, labradas de plumas verdes, y mucha argenteria, y otras ricas piedras engastadas en ciertas arboledas de oro, que en ellas traia hechas de oro, y traian las andas acuestas ocho Principales, y todos dezian que eran señores de pueblos: é ya que llegaron cerca del aposento donde estava Cortés, le ayudaron á salir de las andas, y le barrieron

Viene el sobrino de Montecuma á visitar á Cortés con gran de acompañamiento.

el suelo, y le quitauan las pajas por donde auia de passar: y desque llegaron ante nuestro Capitan, le hizieron grande acato, y el Cacamatzin se dixo: Malinche, aqui venimos yo, y estos señores á te servir, hazerte dar todo lo que huieres menester para ti, y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra Ciudad, porque alli nos es mandado por nuestro señor el gran Montecuma, y dize, que por esto lo dexa, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene. Y quando nuestro Capitan, y todos nosotros vimos tanto aparato, y magestad como traian aquellos Caciques, especialmente el sobrino de Montecuma, lo tuuimos por muy gran cosa: y platicamos entre nosotros, que quando aquel Cacique traia tanto triunfo, que hacia el gran Montecuma? Y como el Cacamatzin huuo dicho su razonamiento, Cortés le abraçó, y le hizo muchas caricias á él, y á todos los mas Principales, y le dió tres piedras, que se llaman margaritas, que tienen dentro de si muchas pinturas de diuersas colores, é á los demás principales se les dió diamantes agules, y les dixo que se lo tenia en merced, é quando pagaria al señor Montecuma las mercedes que cada dia nos haze: y acabada la platica, luego nos partimos, é como auian venido aquellos Caciques que dicho tengo, traian mucha gente consigo, y de otros muchos pueblos, que estan en aquella comarca, que salian á vernos, todos los caminos estauan llenos dellos: y otro dia por la mañana llegamos á la Calçada ancha, ibamos camino de Iztapalapa: y desde que vimos tantas Ciudades, y Villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella Calçada tan derecha por niuel como iba á Mexico, nos quedamos admirados, y deziamos que parecia á las casas de encantamiento, que cuentan en el libro de Amadis, por las grandes torres, y Cues, y edificios que tenían dentro en el agua, y todas de cal, y cáto: y auia algunos de nuestros soldados dezia, que si aquello q veian, si era entre sueños. Y no es de maravillarse q yo aquí lo escriua desta manera, porq ay que poder mucho en ello, que no se como lo cuente, ver cosas nunca oidas, ni vistas, y aun soñadas como vimos. Pues desque llegamos cerca de Iztapalapa, ver la grã

Admirole tanto á nuestros Españoles, que creia que soñauan.

deza de otros Caciques, que nos salieron á recebir, que fue el señor del pueblo, que se dezia Coadlauaca, y el señor de Cuyoacan, que entrambos eran deudos muy cercanos del Montecuma, y de quando entramos en aquella Villa de Iztapalapa de la manera de los Palacios, en que nos aposentaron, de quan grandes, y bien labrados eran de canteria muy prima, y la madera de cedros, y de otros buenos arboles olorosos con grandes patios, é quartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Despues de bien visto todo aquello, fuimos á la huerta, y jardin, que fue cosa muy admirable vello, y passallo, que no me hartaua demirallo, y ver la diuersidad de arboles, y los olores que cada vno tenia, y andenes llenos de rosas, y flores, y muchos frutales, y rosales de la tierra, y vn estanque de agua dulce: y otra cosa de ver, que podrian entrar en el vergel grandes Canoas desde la laguna, por vna abertura que tenia hecha sin saltar en tierra, y todo muy encañado, y luzido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que auia hartó que ponderar, y de las aues de muchas raleas, y diuersidades que entrauan en el estanque. Digo otra vez, que lo estuué mirando, y no crei, que en el mundo huiese otras tierras descubiertas como estas; porque en aquel tiempo no auia Perú, ni memoria del: Agora toda esta Villa está por el suelo perdida, que no ai cosa en pie. Passemos adelante, y diré como truxeron vn presente de oro los Caciques de aquella Ciudad, y los de Cuyoacan, que valia sobre dos mil pesos, y Cortés les dió muchas gracias por ello, y les mostró grande amor: y se les dixo con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra Santa Fé, y se les declaró el gran poder de nuestro señor el Emperador: é porque huuo otras muchas pláticas, lo dexaré de dezir, y diré, que en aquella fazon era muy gran pueblo, y que estava poblada la mitad de las casas en tierra, y la otra mitad en el agua: agora en esta fazon está todo seco, y siembran donde solia ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo huiera de antes visto, no lo dixera, que no era posible que aquello que estava lleno de agua, estè agora sembrado de maizales, y muy perdido. Dexemoslo aqui, y diré del solenissimo recebimiento que nos hizo Montecuma á Cortés, y á todos noso-

Iardines maravillosos.

tros en la entrada de la gran Ciudad de Mexico.

CAPITULO LXXXVIII.

Del grã, é solene recebimiento q nos hizo el grã Montecuma á Cortés, y á todos nosotros en la entrada de la gran Ciudad de Mexico.

Luego otro dia de mañana partimos de Estapalapa muy acompañados de aquellos grades Caciques, que atras he dicho. Ibamos por nuestra calçada adelante, la qual es ancha de ocho passos, y va tan derecha á la Ciudad de Mexico, que me parece, que no se tuerce poco, ni mucho: é puesto que es bien ancha, todá iba llena de aquellas gentes, que no cabian vnos que entrauan en Mexico, y otros que salian, que nos venian á ver, que no nos podiamos rodear de tantos como vinieron, por que estauan llenas las torres, é Cues, y en las Canoas; y de todas partes de la laguna, y no era cosa de maravillarse, porque jamás auia visto cauallos, ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables, no sabiamos que nos dezir, é si era verdad lo que por delante parecia, que por vna parte en tierra auia grandes Ciudades, y en la laguna otras muchas, é viamoslo todo lleno de Canoas, y en la calçada muchas pitentes de trecho á trecho, y por delante estava la gran Ciudad de Mexico, y nosotros aun no llegauamos á 450. soldados, y teniamos muy bien en la memoria las pláticas, é auisos que nos dieró los de Guaxocingo, é Tlascala, y Talmanalco, y con otros muchos consejos que nos auian dado, para que nos guardassemos de entrar en Mexico, que nos auian de matar quando dentro nos tuuiessem. Miren los curiosos letores, esto que escriuo, si auia bien que ponderar en ello, que hombres ha auido en el vniverso, que tal atreuimiento tuuiessem? Passemos adelante, y vamos por nuestra calçada. Ya que llegauamos dode se aparta otra calçadilla, que iba á Cuyoacan, é es otra Ciudad, adonde estauan vnas como torres, q eran sus adoratorios, vinieron muchos Principales, y Caciques con

Calçada admirable por donde se entraua en Mexico.

muy ricas mantas sobre si, con galania, y libreas diferenciadas las de los vnos Caciques á los otros, y las calçadas llenas dellos, y aquellos grandes Caciques embiava el gran Montecuma delante á recebirnos: y assi como llegauan delante de Cortés, dezian en sus lenguas, que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocauan con la mano en el suelo, y besaban la tierra con la mesma mano. Assi que estuimos detenidos vn buen rato, y desde alli se adelantaron el Cacamacán, señor de Tezcuco, y el señor de Iztapalapa, y el señor de Tacuba, y el señor de Cuyoacán á encontrarse con el gran Montecuma, que venia cerca en ricas andas acompañado de otros grandes señores, y Caciques, que tenían vasallos: é ya que llegauamos cerca de Mexico, adonde estauan otras torrecillas, se apedó el gran Montecuma de las andas, y traianle del brazo aquellos grandes Caciques de baxo de vn Palio muy riquissimo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argenteria, y perlas, y piedras chalchihuis, que colgauan de vnas como botaduras, que huuo mucho que mirar en ello: y el gran Montecuma venia muy ricamente ataviado segun su vfança, y traia calçados vnos como cotaras, que assi se dize lo que se calçan, las suelas de oro, y muy preciada pedreria encima en ellas: é los quatro señores que le traian del brazo, venian con rica manera de vestidos á su vfança, que parece ser se los tenían aparejados en el camino, para entrar con su señor, que no traian los vestidos con que nos fueron á recebir: y venian sin aquellos grandes señores, otros grandes Caciques, que traian el Palio sobre sus cabeças, y otros muchos señores que venian delante del gran Montecuma barriendo el suelo, por donde auia de pisar, y le ponian mantas, porque no pisasse la tierra. Todos estos señores, ni por pensamiento le mirauan á la cara, sino los ojos baxos, é con mucho acato, excepto aquellos quatro deudos, y sobrinos suyos, que le lleuauan del brazo. E como Cortés vió, y entendió, é le dixeron que venia el gran Montecuma, se apedó del caballo, y desque llegó cerca de Montecuma, á vna se hizieron grandes acatos, el Montecuma le dió el bien ve-

Señores de vasallos, q se lieró á recebirlos.

Sale á las puertas de Mexico Montecuma.

Grandezas que venia.

nido, é nuestro Cortés le respondió con Doña Marina, que él fuesse el muy bien estado. Epareceme que el Cortés con la lengua Doña Marina, que iba junto á Cortés, le daua la mano derecha, y el Montecuma no la quiso, é se la dió á Cortés: y entonces sacó Cortés vn collar que traia muy amano de vnas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dizen margaritas, que tienen dentro muchas colores, é diuersidad de labores, y venia enlartado en vnos cordones de oro con almizque, porque diessen buen olor, y se le echó al cuello al gran Montecuma, y quando se lo puso, le iba á abraçar, y aquellos grandes señores que iban con el Montecuma, detuieron el brazo á Cortés, que no le abraçasse, porque lo tenían por menoscario: y luego Cortés con la lengua Doña Marina le dixo, que holgaua agora su coraçón en auer visto vn tan gran Principe: y que le tenia en gran merced la vñda de su persona á le recebir, y las mercedes que le haze á la continúa. E entonces el Montecuma le dixo otras palabras de buen comedimiento, é mandó á dos de sus sobrinos de los que le traian del brazo, que era el señor de Tezcuco, y el señor de Cuyoacán, que se fuesen con nosotros, hasta aposentarnos: y el Montecuma con los otros dos sus parientes Cuedlauaca, y el señor de Tacuba, que le acompañauan, se bolvió á la Ciudad, y tambien se boluieron con él todas aquellas grandes Compañias de Caciques, y Principales, que le auian venido á acompañar: é quando se boluian con su señor, estauamoslos mirando, como iban todos los ojos puestos en tierra, sin miralle, y muy arrimados á la pared, y con gran acato le acompañauan: y assi tuuimos lugar nosotros de entrar por las calles de Mexico, sin tener tanto embaraço. Quien podra dezir la multitud de hombres, y niuères, y muchachos, que estauan en las calles, é açuteas, y en Canoas en aquellas açuteas, que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora que lo estoy escriuiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera quando esto pasó, y considerada la cofa, y gran merced que Nuestro Señor Jesu-Christo nos hizo, y fue seruido de darnos gracia, y esfuergo para

Quiso Cortés abraçar á Montecuma, y no le abraçó, y porque

La reuerencia con que asistían á Montecuma aquellos grandes señores.

para ostar entrar en tal Ciudad, é me auer guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Doile muchas gracia por ello, que á tal tiempo me ha traido para podello escriuir, é aunque no tan cumplidamente como conuenia, y se requiere: y dexemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo. E boluamos á nuestra entrada en Mexico, que nos lleuaron á aposentar á vnas grandes casas, donde auia aposentos para todos nosotros, que auian sido de su padre del grã Montecuma, q se dezia Axayaca, adonde en aquella sazón tenia el gran Montecuma sus grandes adoratorios de idolos, é tenia vna recamara muy secreta de piezas, y joyas de oro, que era como teforo de lo que auia heredado de su padre Axayaca, que no tocáua en ello: y assi mismo nos lleuaron á aposentar á aquella casa por causa, que como nos llamaua Teules, é por tales nos tenían, que estuiessemos entre sus idolos, como Teules que alli tenia. Sea de vna manera, é de otra, alli nos lleuaron, donde tenia hechos grandes estrados, y salas muy entoldadas de parametos de la tierra, para nuestro Capitan, y para cada vno de nosotros otras camas de esteras, y vnos toldillos encima, que no se da más cama, por muy gran señor que sea, porque no las vñan, y todos aquellos Palacios muy lucidos, y encalçados, y barridos, y enriamados, como llegamos, y entramos en vn grã patio. Luego tomó por la mano el gran Montecuma á nuestro Capitan, que alli lo estuuó esperando, y le metió en el aposento, y sala, donde auia de posar, que la tenia muy ricamente adereçada para segun su vfança: y tenia aparejado vn muy rico collar de oro, de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Montecuma se lo echó al cuello, á nuestro Capitan Cortés, que tuuieron bien que mirar sus Capitanes del gran fauor que le dió: y quando se lo huuo puesto, Cortés le dió las gracias con nuestras lenguas: é dixo Montecuma, Malinche en vuestra casa estais vos, y vuestros hermanos, de seanfad, y luego se fue á las Palacios, que no estauan lexos: y nosotros repartimos nuestros aposentos por Capitanias, é nuestra Artilleria assestada en parte conueniente, y muy bien platicado la orden que en todo auiamos de tener, y estár muy apercebidos, assi los de á caballo, como todos nuestros soldados: y

La parte donde fue aposentado Cortés.

Bueluese á ver con Cortés Montecuma, y honrale.

parte conueniente, y muy bien platicado la orden que en todo auiamos de tener, y estár muy apercebidos, assi los de á caballo, como todos nuestros soldados: y

nos tenían aparejada vna muy suntuosa comida á su vfo, é costumbre que luego comimos. Y fue esta nuestra venturosa, é a treuida entrada en la gran Ciudad de Tenustitlan Mexico, á ocho dias del mes de Noviembre, año de Nuestro Salvador Jesu-Christo, de mil y quinientos y diez y nueue años. Gracias á Nuestro Señor Jesu-Christo por todo. E puesto que no vaya expresado otras cosas que auia que dezir, perdonéme, que no lo se dezir mejor por agora, hasta su tiempo. E dexemos de mas pláticas, é boluamos á nuestra relación de lo que mas nos auino, lo qual diré adelante.

Quando, porque tiepo, y que dia entró Cortés en Mexico.

CAPITVLO LXXXIX.

Como el gran Montecuma vino á nuestros aposentos con muchos Caciques que le acompañauan, é la practica que tuuo con nuestro Capitan.

Como el gran Montecuma huuo comido, y supo que nuestro Capitan, y todos nosotros assi mismo auia buen rato que auiamos hecho lo mismo, vino á nuestro aposento con gran copia de principales, é todos deudos suyos, é con gran pompa: é como á Cortés le dixeron que venia, le salió á la mitad de la sala á le recebir, y el Montecuma le tomó por la mano, é traxeron vnos como assestaderos, hechos á su vfança, é muy ricos, y labrados de muchas maneras con oro: y el Montecuma dixo á nuestro Capitan que se sentasse, é se assestaron entrambos, cada vno en el suyo; y luego començó el Montecuma vn muy buen parlamento, é dixo que en gran manera se holgaua de tener en su casa, y Reino vnos Caualleros tan esforçados, como era el Capitan Cortés, y todos nosotros, é que auia dos años que tuuo noticia de otro Capitan, que vino á lo de Champoton, é tambien el año pasado le truxeron nueuas de otro Capitan que vino con quatro Nauios, é que siempre lo deseó ver, é que aora que no tiene ya consigo para servirnos, y darnos de todo lo que tuuiesse. Y que verdaderamente deue de ser cierto, que somos los que

Viene Montecuma á ver á Cortés, y el razonamiento que hizo.